 Tiempo de lectura: 10 min.

Dos jóvenes, dos épocas lejanas, una única pasión: vivir hasta el fondo la amistad con Dios. La historia de la Iglesia está salpicada de jóvenes que, aun en la sencillez de la vida cotidiana, han sabido alcanzar una extraordinaria madurez espiritual. Entre ellos destacan Domingo Savio y Carlo Acutis, dos adolescentes separados por más de un siglo, pero sorprendentemente cercanos en el corazón y en las decisiones. Ambos descubrieron muy pronto que la santidad no es un ideal inalcanzable, sino un camino posible también para quien vive la escuela, la amistad y la familia como cualquier otro chico. Comparar sus vidas significa descubrir cómo el Evangelio puede vivirse con la misma intensidad en el siglo XIX de Don Bosco y en la era digital de internet.

La santidad no tiene edad: una comparación entre dos jóvenes testigos

Ciento cincuenta años de distancia, mundos aparentemente opuestos y, sin embargo, una única llama en el corazón. San Domingo Savio, alumno de Don Bosco en el Oratorio de Valdocco en el Piamonte del siglo XIX, y San Carlo Acutis, un millenials milanés que creció en la era de internet: dos jóvenes que la Iglesia ha elevado a los altares como modelos de santidad para las nuevas generaciones. El primero, canonizado en 1954 por Pío XII; el segundo, proclamado santo en 2025 por el Papa León XIV; ambos muertos a los quince años, ambos sin haber hecho nada extraordinario a los ojos del mundo y, sin embargo, ambos capaces de arder de amor por Dios con una intensidad rara incluso en los adultos.

Acercar estas dos figuras no es un ejercicio retórico. Es una oportunidad valiosa para entender cómo la santidad es posible en toda época, en toda condición social, en todo contexto cultural. Don Bosco, leyendo el corazón de Domingo, escribía a los chicos del Oratorio el desafío de San Agustín: *Si ille, cur non ego?* – si él lo ha conseguido, ¿por qué yo no? El mismo desafío nos llega a través de Carlo Acutis. El mensaje es el mismo desde hace siglos: la santidad no es para unos pocos elegidos, es para todos.

Dos vidas breves, dos historias extraordinarias

Domingo Savio (1842–1857)

Nacido el 2 de abril de 1842 en Riva di Chieri, hijo de un herrero y una costurera, Domingo crece en una familia pobre pero profundamente cristiana. Es un niño como tantos y, sin embargo, desde los cuatro años –cuenta Don Bosco en su *Vida del jovencito Domingo Savio* (1859)– «ya no era necesario recordarle que rezara las oraciones de la mañana y de la noche… es más, era él quien invitaba a los demás de la casa a rezarlas si se habían olvidado». Cuando encontraba la iglesia cerrada, se arrodillaba en el umbral de la puerta y rezaba bajo la lluvia o la nieve, sin moverse. El capellán de Murialdo, que lo observaba asombrado, anotó: «He aquí un jovencito de excelentes esperanzas. Quiera Dios que se le abra un camino para llevar a madurez frutos tan preciosos».

A los siete años –cuando normalmente se esperaban los once o doce– consigue recibir la Primera Comunión por su extraordinaria madurez espiritual. Ese día escribe en su librito de oraciones cuatro propósitos que se convertirán en el programa de toda su vida: **«1º Me confesaré muy a menudo y comulgaré todas las veces que el confesor me dé permiso. 2º Quiero santificar los días festivos. 3º Mis amigos serán Jesús y María. 4º Antes morir que pecar»**. Don Bosco comenta: «Estos propósitos, que a menudo repetía, fueron como la guía de sus acciones hasta el final de su vida».

A los doce años entra en el Oratorio de Valdocco, donde el primer encuentro con Don Bosco se vuelve legendario. El santo educador lo mira y dice: «¡Eh! Me parece que aquí hay buena tela». Domingo responde prontamente: «Entonces, yo soy la tela: sea usted el sastre; tómeme con usted y hará un hermoso traje para el Señor». En apenas dos años y medio de vida en el oratorio, Domingo demuestra una santidad cotidiana, alegre y contagiosa. El mismo Don Bosco escribió que Mamá Margarita le confió: «Tú tienes muchos jóvenes buenos, pero ninguno supera el buen corazón y la bella alma de Savio Domingo. Lo veo siempre rezar, quedándose en la iglesia incluso después de los demás; cada día se aparta del recreo para hacer una visita al Santísimo Sacramento… Está en la iglesia como un ángel que mora en el Paraíso». Muere el 9 de marzo de 1857, a los catorce años y once meses.

Carlo Acutis (1991–2006)

Nacido en Londres el 3 de mayo de 1991 en una familia italiana, Carlo crece en Milán en un entorno acomodado, entre ordenadores, videojuegos y las oportunidades de la modernidad. También él, como Domingo, recibe la Primera Comunión anticipadamente –a los siete años– y desde ese momento la Eucaristía se convierte en el centro absoluto de su existencia. Participa en la Misa todos los días, reza el Rosario a diario, se compromete como catequista en su parroquia de Santa María Segreta.

Usa su talento informático para crear una exposición multimedia sobre los milagros eucarísticos, que viajará a más de diez mil lugares en el mundo. Es generoso con los más pobres, defiende a los compañeros débiles en la escuela, ama a sus mascotas. En octubre de 2006, a los quince años, le diagnostican una leucemia fulminante. Antes de morir, el 12 de octubre de 2006, ofrece sus sufrimientos por el Papa y por la Iglesia con las mismas palabras que Domingo podría haber hecho suyas: «Ofrezco todos los sufrimientos que tendré que padecer al Señor, por el Papa y por la Iglesia, para no pasar por el Purgatorio e ir directo al Paraíso».

Las máximas: la sabiduría de quien sabe mirar hacia lo alto

Una de las formas más directas de conocer el alma de un santo es escuchar sus palabras. Las de Domingo y Carlo resuenan hoy con una frescura sorprendente, casi contemporánea.

Domingo lleva grabado en el corazón el lema ***«Antes morir que pecar»***: una declaración radical, alejada de todo sentimentalismo, que expresa la lúcida comprensión de que el pecado es el verdadero enemigo del hombre. Cuando Don Bosco le preguntó qué quería de él para su santo, Domingo tomó papel y pluma y escribió: **«Ayúdeme a hacerme santo»**. No pedía juguetes ni privilegios. Pedía lo más importante. Otra frase de fuego es la que dirigió ante el altar de María el 8 de diciembre de 1854, la noche de la definición dogmática de la Inmaculada: «María, os doy mi corazón; haced que sea siempre vuestro. Jesús y María, sed siempre mis amigos; pero, por piedad, hacedme morir antes de que me ocurra la desgracia de cometer un solo pecado».

No menos asombrosa es la respuesta que Domingo –siendo aún un niño,

interrogado por un transeúnte mientras caminaba solo bajo el sol abrasador hacia la escuela, a seis kilómetros de distancia– dio a quien le preguntó si no estaba cansado: «Nada es penoso, nada es un esfuerzo cuando se trabaja para un patrón que paga muy bien». –«¿Quién es ese patrón?»– «Es Dios creador, que paga un vaso de agua dado por su amor». Una teología de la alegría totalmente salesiana, vivida en la cotidianidad de un niño de diez años.

Igualmente inolvidable es su valentía apostólica. Don Bosco cuenta cómo Domingo, al descubrir una pelea inminente entre dos compañeros mayores y más fuertes que él, los condujo al lugar del desafío, sacó el Crucifijo que llevaba al cuello y dijo: «Quiero que cada uno fije la mirada en este Crucifijo, y luego, lanzando una piedra contra mí, pronuncie en voz alta estas palabras: Jesucristo inocente murió perdonando a sus crucificadores, yo, pecador, quiero ofenderlo y tomar solemne venganza». La disputa se disolvió en lágrimas.

Carlo Acutis habla con el lenguaje de su tiempo, pero la profundidad es la misma. Su frase más célebre es un grito contra el conformismo: «Todos nacen como originales, pero muchos mueren como fotocopias». Es una invitación a no perder la unicidad de hijos de Dios. La otra gran máxima, ***«La Eucaristía es mi autopista hacia el Cielo»***, traduce en lenguaje moderno la misma intuición de Domingo sobre la absoluta centralidad del Sacramento. Y poco antes de morir repetía: ***«No yo, sino Dios»***, la misma humildad radical de quien sabe que la santidad no es una conquista propia, sino un don acogido. Era una máxima derivada de la conclusión de que «la conversión es un proceso de sustracción: menos yo para dejar espacio a Dios».

Las últimas palabras de los dos santos son especulares. Domingo, muriendo en brazos de sus padres en Mondonio, le dijo a su madre: «Mamá, no llores, yo voy al Paraíso», y luego a su padre: «Adiós, querido papá». Y finalmente, con el rostro iluminado por una luz interior, exclamó: «¡Oh, qué cosa tan hermosa veo!». Carlo, antes de su último aliento, lo ofreció todo por la Iglesia. Ambos partieron sonriendo.

Semejanzas y diferencias

Entre Domingo y Carlo existen semejanzas extraordinarias. Ambos reciben la Primera Comunión anticipadamente –a los siete años–, signo de una madurez espiritual precocísima. Ambos hacen de la Eucaristía el corazón palpitante de su jornada: Domingo frecuentaba los sacramentos con una constancia que asombraba a todos; Carlo participaba en la Misa cada día. Ambos se distinguen por un apostolado activo entre sus coetáneos: Domingo funda la Compañía de la Inmaculada en el Oratorio, para hacer el bien juntos; Carlo crea la exposición y el sitio web para llevar el mensaje eucarístico al mundo digital. En ambos, la devoción mariana es un pilar fundamental: el Rosario diario, la consagración a María, el vínculo profundo con la Madre de Dios.

Las diferencias son igualmente reveladoras. Domingo vive en una pobreza material real, recorriendo a pie seis kilómetros al día para ir a la escuela bajo la lluvia y la nieve, en una Italia pre-unitaria marcada por el conflicto entre fe y laicismo. Carlo vive en una familia acomodada de Milán, con smartphone y ordenador, en el corazón de la modernidad líquida. Y, sin embargo, la sustancia es idéntica: usar todo lo que se tiene al servicio de Dios. Domingo usaba la palabra, el ejemplo directo, la presencia física junto a sus compañeros. Carlo usaba la tecnología como instrumento de evangelización, creando la exposición sobre los milagros eucarísticos que aún hoy recorre el mundo.

Otra diferencia significativa se refiere a la guía espiritual. Domingo tuvo la fortuna inestimable de encontrar a Don Bosco –el más grande educador de la juventud de los tiempos modernos–, que le indicó el camino con sencillez: alegría, oración, estudio, hacer el bien a los demás. Carlo encontró su camino principalmente en la familia, en la parroquia, en su inteligencia espiritual. Y, sin embargo, ambos llegan al mismo lugar: un corazón enamorado de Dios, una vida ofrecida sin remordimientos.

La receta de la santidad juvenil

Don Bosco, cuando Domingo le preguntó cómo llegar a ser santo, le indicó tres ingredientes sencillos: **alegría, empeño en la oración y en el estudio, y hacer el bien a los demás**. No ascesis heroica, no mortificaciones espectaculares. Una santidad normal, vivida en la vida real, gozosa. Era la prédica del director del Oratorio que había encendido el corazón de Domingo con las palabras: «Es voluntad de Dios que todos nos hagamos santos; es muy fácil conseguirlo; un gran premio

está preparado en el cielo para quien se hace santo». Carlo Acutis habría firmado estas palabras: le encantaba jugar a los videojuegos, tenía un perro que le caía simpático, iba a la escuela como todos, pero nada de esto lo distraía de lo esencial.

Leyendo las páginas de Don Bosco sobre el Oratorio de Valdocco, se reconoce en Domingo un perfil que aúna a los jóvenes santos de todas las épocas. En primer lugar, la Eucaristía como centro de la vida: para Domingo era la culminación de cada día; para Carlo era literalmente «la autopista hacia el Cielo». Luego, el **apostolado entre los coetáneos**: no predicar a los adultos, sino contagiar a sus iguales con la alegría de la fe. Domingo jugaba con quien estaba solo, asistía a quien estaba enfermo, fundó la Compañía de la Inmaculada; Carlo defendía a los compañeros más débiles, daba catequesis, llevaba la amistad de Cristo a la vida cotidiana de la escuela milanesa. Además, la **fidelidad en los pequeños deberes**: el maestro de Domingo en Castelnuovo d'Asti testificó que era «Savio [sabio] de nombre y así se mostró siempre de hecho, es decir, en el estudio, en la piedad, en la conversación con sus compañeros y en toda acción suya». Finalmente, la **devoción mariana** como aliento cotidiano: para ambos, el **Rosario** era una cita ineludible.

Pero hay un elemento adicional, quizás el más importante: la **claridad sobre el sentido de la vida**. Domingo le pedía a Don Bosco que le ayudara a hacerse santo; había entendido que cada día es precioso. Carlo repetía «Todos nacen originales, muchos mueren fotocopias»; había entendido que el conformismo es el mayor peligro espiritual de toda época. En un mundo que ofrece mil modelos alternativos, saber quién se es ante Dios ya es la mitad de la santidad.

La santidad como camino

Domingo Savio y Carlo Acutis no son modelos para copiar servilmente. Son luces a seguir, cada uno a su modo, en su propia unicidad. Este es el mensaje más profundo que nos dejan: la santidad no es uniformidad, es fidelidad. Fidelidad a uno mismo, fidelidad a Dios, fidelidad a la misión que cada uno recibe.

Ambos nos enseñan que los jóvenes no deben esperar a crecer para ser santos. La juventud no es una antesala en la que posponer el compromiso espiritual serio: es en sí misma un tiempo de gracia, en el que la santidad puede florecer con una frescura irrepetible. Como escribió Don Bosco al final de la biografía de Domingo,

dirigiéndose a los jóvenes del Oratorio: la verdadera religión «no consiste solo en palabras; hay que pasar a las obras; por tanto, al encontrar algo digno de admiración, no os contentéis con decir: esto es hermoso, esto me gusta; decid más bien: quiero esforzarme por hacer aquellas cosas que, leídas de otros, me llenan de asombro».

A nosotros, educadores, padres, animadores salesianos, nos queda la tarea más hermosa: ayudar a los chicos de hoy a descubrir que pueden ser santos. No predicándoles la perfección, sino mostrándoles su alegría. No pidiéndoles que sean héroes, sino que sean auténticos. No imponiéndoles un modelo, sino indicándoles la meta.

«¡Alegres, adelante!», decía Don Bosco. Domingo Savio y Carlo Acutis nos repiten lo mismo, desde lugares que nunca conocerán el ocaso.

Información sobre la vida de san Domingo Savio se encuentra en la publicación "Vida del jovencito Domingo Savio, alumno del Oratorio de san Francisco de Sales", escrita por el propio Don Bosco; se encuentra en línea AQUÍ

https://donboscosanto.eu/oe/vita_del_giovanetto_savio_domenico.php

Información sobre san Carlo Acutis se encuentra también AQUÍ

https://www.carloacutis.com

Cabe destacar también algunas exposiciones hechas, iniciadas o inspiradas por Carlo.

– "Exposición Internacional sobre los Milagros Eucarísticos" – puede verse AQUÍ

https://www.miracolieucaristici.org

– “Los llamados de la Virgen, apariciones y santuarios marianos en el mundo” – puede verse AQUÍ

http://www.apparizionimadonna.org

– Exposición “Ángeles y demonios” – puede verse AQUÍ

http://www.carloacutis.net/AngeliDemoni

– Exposición “Infierno, purgatorio y paraíso” – puede verse AQUÍ

http://www.carloacutis.net/InfernoPurgatorioParadiso